

DON DIEGO

¡Atrás!...

Cae.

NICODEMO

Se extinguió la llama.

MALVINA

Don Diego, ¿los ojos cierras?
¿has muerto? ¡mi voz te llama!

DON DIEGO

¡No! ¡parto á lejanas tierras
á combatir por mi dama!

FIN

Cadaques, Junio 1900.

NOTAS

LA MONJA TEODORA

La *leyenda en forma dialogada* que lleva este título, es un boceto teatral, un poco informe, que cronológicamente ocupa, en mi obra, un lugar entre «El Pastor», poema dramático, y «Benvenuto Cellini», biografía dramática.

La idea de escribir esta leyenda la debo á D. Juan Valera, quien repetidas veces me había hecho instancias, animándome á compenar otro «Don Juan», y á tomar como asunto el de la vieja novela española «Soledades de la Vida», de Lozano.

Finalmente, y de seguro poco preparado todavía para estas labores del teatro, que piden, en primer término, abandono de la propia personalidad, objetivando todo lo posible nuestro esfuerzo, para que la obra sea clara y comprensible en sí, comencé y terminé yo mi MONJA TEODORA. No he vuelto á leer las «Soledades de la Vida»; pero repasando, en pruebas, esta obra, se me antoja que bien pocas relaciones de parentesco deben quedar entre las aventuras de mi Don Diego y las del héroe de aquella novela, que creo se llama Lisardo, y es estudiante.

Leímos la MONJA TEODORA, en casa de D. Juan Valera, una noche, reunidas unas cuantas señoras y cinco ó seis literatos, en una de aquellas tertulias, á lo rancio, que con tanto y tan paternal interés por lo nuevo, solía improvisar el buen caballero de las letras, y de las cuales se han perdido con él la tradición y el beneficio.

Interesante y divertido le pareció á D. Juan Valera mi poema. No era hombre de otros muchos adjetivos, tratándose de obras de arte, y aun sospecho ahora, muy sinceramente, que se pasó de bondadoso conmigo, aquella noche. Puso aparte las atrocidades

que Nicodemo dice á Don Diego, en el decurso de la obra, y mantuvo que no todas eran merecidas. Pero sobre todo le dejó maravillado que del patrón impuesto por las «Soledades de la Vida» se hubiera cortado tal obra como mi MONJA TEODORA. Y esta maravilla de D. Juan Valera sí que me parece, al cabo de los años, sincera y justificada.

Va la obra, en este libro, mondada de una porción de escenas episódicas, bajo cuyo fárrago se hacía difícil seguir el hilo de la aventura central.

Muchas de las que quedan exigirían un retoque definitivo. No lo hago porque sería quitarle á esta leyenda el único encanto que hoy conserva y que, desgraciadamente, no le podría dar de nuevo: el fuego de la mocedad y de la inexperiencia que, en ocasiones, acierta á condensar en versos muy expresivos...

Tal como ha quedado, me interesa todavía ver delinarse en ella, á tropezones con la balumba de cerebralismos que entonces me embargaban, pugnando por cuajar en forma, la idea de mi futuro teatro en verso. Aquí no quedarán concomitancias grandes con las «Soledades de la Vida», como he dicho; pero muestras de consanguinidad con «En Flandes se ha puesto el Sol», con «Por los pecados del Rey» y con «El Retablo de Agrellano», las hay á cada paso. No hablo de «Las Hijas del Cid», de «Doña María la Brava» y de «Teresa de Jesús», que, dentro de mi teatro en verso, forman otro tronco y tienen distinta la raíz.

Ideológicamente poco valor puede darse —y yo no pretendo darles hoy ninguno— á las afirmaciones y juicios que un cerebro de veinte años escasos, en toda la ebullición de las ideas modernas, no se creyó dispensado de formular, ni siquiera en obra tan de suyo objetiva como debiera haber sido la realización teatral de una leyenda.

Son la mayor parte de estas afirmaciones á que me refiero, cerebralismos, tan á las claras fuera de lugar, que caen ellos

solos por su base y sería perdido el tiempo que me detuviera á refutarlos y desautorizarlos.

Señalaré alguno, por vía de ejemplo, y para que el lector me dé por absuelto de los demás, emparentados con estos, que á mí se me olvide señalar:

Ahí tenéis al padre de Malvina, el noble Don Pedro

.....hidalgo viejo,
que ha tenido una bandera,

convertido en propagandista y promotor de una especie de colectivismo socialista que es, como véis, muy de la época y cuya apología hace, al regresar de la boda, en el capítulo III de la segunda parte.

Tenéis en Nicodemo, tan pronto despreciable truhán, como mentor sensato de Don Diego, un sin fin de ideas contradictorias que lo hacen incomprensible. En él, por la bastardía de su sangre y por su anacrónica labor de alquimista, que proporciona el oro á Don Diego, un primer símbolo de *las clases desheredadas*. —En él, la reacción contra la España de leyenda; la propaganda constante y árida de la vida de realidad y del positivismo terrestre; casi de la «europeización», que es lo que le falta por decir. —En él, súbitamente, por unas palabras de Don Diego que contradicen todo lo anterior, una encarnación del «mendigo», de una parte de la «España negra», que, á su vez, es parte de la España de leyenda. Y así otras muchas cosas; porque este Nicodemo se las trae.

Pasemos á la propia «Monja Teodora». —Por su oposición de contraste con Malvina es, ante todo, la *quimera española*, de cruz y con tocas, como en buena doctrina de *regeneración* correspondía. Dos ó tres veces, da en inquisitorial pronunciando la palabra *anatema*. Es el *pasado* tradicional y réprobo, interrumpiendo, sombra negra, la fiesta de las bodas, en la segunda parte. Es, también en labios de Don Diego, la vitanda *religión de muerte* de nuestros mayores. Es otra mitad de la «España negra». Es al mismo tiempo sacrilega y devota; sensual y mística... Que mi «Teresa de Jesús» me valga, delante de Dios y de los hombres, el perdón de estos dislates.

Malvina, opuesta á la Monja Teodora en el alma del hidalgo, quise yo que fuera la realidad; la vida verdadera sin *penacho* ni tradición de leyenda; apegada á la tierra, de la que extrae un sano calor de *regeneración* y de verdad. Por eso, en mi obra, casa con Don Diego cuando éste, á quien suponen enterrar en el cadáver de Camacho, que vestía sus arreos, ha perdido la aureola de su leyenda y de su fama. Pero ocurre con este personaje de Malvina, y sin duda contra mi voluntad, mientras lo estaba haciendo, que se me transforma á su antojo, bajo mis propias manos, al contacto con Don Diego y en él las cañas se me tornan lanzas. Puesta por mí, para traer á Don Diego á la realidad de la vida diurna, ocurre, de hecho, todo lo contrario: su pasión por Don Diego la asume y la exalta. Don Diego se le presenta sin leyenda y ella crea alrededor de Don Diego una leyenda más formidable, poética y radiante que todas las leyendas del caballero, enterradas en el cuerpo de Camacho. En la tercera parte de mi obra, Malvina es más visionaria y exaltada que la propia Teodora. No sólo no ha modificado á Don Diego. Le ha amado todo este tiempo, en sueños, casi en visión; y en sueños, á lo que puede colegirse, ha concebido de él un hijo, *único punto de fuego, que quedará aún vivo en la heredad del hidalgo*, gracias á Malvina. Lástima que, de esta transformación del carácter de Malvina, á su contacto con Don Diego, no se hubiera hecho el nudo de la leyenda, desarrollándolo convenientemente; porque todo esto es bello y es lo que hoy firmaría sin remordimientos.

No insisto sobre el anacronismo del nombre que lleva este personaje. «Malvina» ni es español ni es de la época. Es nombre que popularizaron luego los poemas *ossidnicos* y está completamente fuera de lugar en esta leyenda. Lo respeto por sinceridad conmigo mismo. Y es además de una dulce eufonía, que lo justifica. Pero hago la salvedad necesaria en estas notas.

Algo parecido á lo que ocurre á Malvina me ocurrió á mí mismo, en el transcurso de la obra, con el personaje de Don Diego. Indudablemente yo iba á la condenación de la España de leyenda, en este personaje. Nicodemo hablaba por boca del autor, en muchas de sus intempestivas peroratas. Pero el hidalgo ladea su

chambergo, pisa recio, suena «su espuela de oro en el silencio hueco», tiende su espada, al modo suyo tradicional, y más que humano, ama, desea, riñe, mata, y Nicodemo revienta como una sabandija y la monja Teodora no existe y Malvina y el poeta, sin darnos cuenta, con un mismo amor, caemos vencidos, en una misma veneración, á los pies del hidalgo.

Es este resurgir imprevisto del Don Diego legendario, sobre las cenizas de su fama, en Camacho, exaltando la realidad y fecundándola, lo que, hoy todavía, me parece un acierto en mi *MONJA TEODORA*, y por este acierto — que declaro involuntario entonces—va en este libro, al cabo de los años.

Alcáncenme los de mi mocedad, que entonces parecían traicionarme, la disculpa y el perdón de los lectores que haya tenido *LA MONJA TEODORA*.

E. Marquina.

Madrid, Mayo, 1914



